

ELEGIA AL AVIADOR VELAZCO



A José Carlos Mariátegui, tea, guía.

Yo te conocí, Capitán de los Vientos,  
Velazco.

Eras un ave  
de garra y corvo pico.  
Tenías no sé que asco  
en los ojos  
y una sed de rojos  
horizontes.

Los montes  
se tenían que humillar en tu camino  
y hasta el cielo divino  
era para tí una estrecha  
capa.

Con el puño de zapa  
abrías una brecha  
en la nube  
y te traías una estrella.

Con ella  
te ví un día:  
la llevabas en el ojal como ironía.

Me dijiste:  
—Véngase un día, Alberto  
Guillén y nos iremos a la nube.

No fui. Ya tú estás muerto  
y yo triste  
dej cielo que no tuve.

Ahora veremos si la estrella  
que lucías en el ojal  
como ironía

la encuentran en tus manos  
de mortal.

Dicen que te estrellaste en un tejado!  
No ves?

Con ese lazo los humanos  
atrapan a todo pescador  
de estrella  
para meterlo al gallinero  
o algún nicho.

Oh gusano antropófago!  
Cómo pudiera  
hacerse que la nube  
sirviera  
de sarcófago  
a ¡águila altanera!

Soy un vil gusanillo de la tierra,  
eres un vil gusanillo  
de la tierra y hoy te encierra  
en su vientre el gusanillo.

Deja que me sacuda el ala  
de la tierra  
que ya me cubre  
como de mugre  
y me haga un carmillo  
de mi propia calavera  
para hacer flotar mi nombrecillo  
como bandera.

Ya tú estás muerto, mas te escucho  
allí en la nube deshojada



y veo tu huella  
como silbo de pastor tras de la estrella.

Y así me he dicho:  
esos perros gusanos  
no han de devorar  
aquel fulgor  
de tu centella  
solar.

Amigo:  
furiosa estaba la Muerte  
al verte  
volar  
y volar...

Un día  
te cogió ebrio de gloria  
y te rompió por ironía  
queriendo acaso  
que tus alas de raso  
fuesen también escoria.

Y he aquí el chiste  
divino:  
abriste  
camino  
en la nube  
y pusiste tu cayado  
en la montaña,  
te detuvo la araña  
de un tejado.

Y así tu ala,  
dominadora de montaña  
y nube, se rompió en la mala  
trampa de una cabaña.

Pero:

habrá triunfado el gallinero?

Cuando yo dije:—Qué pena  
que muera el Aguila buena!

Dijeron:—Qué quiere usted  
estos pájaros mueren así.

Es verdad:  
de congoja rubí,  
de sed  
solar,  
de querer atrapar en su red,  
al volar,  
todo el cielo turquí.

Estos pájaros mueren así.

Ahora dirán que es una lágrima  
la estrella que dejaste extraviada  
en mis papeles,  
esa tarde morada  
en que te fuiste  
apoyando tu ala en el lamento  
triste,  
triste del viento...

Mis pensamientos  
y los pensamientos  
de los hombres van  
por tí  
y te traerán,  
amigo,  
como un haz de trigo  
fértil o de estrella.

En tu huella  
las Aguilas irán.

(Del libro "Los Caminos del Ala".)

Alberto GUILLEN